

En este número

¿Qué pasa en la Unión Soviética? ¿Cuáles son el significado y el alcance reales de las reformas propuestas desde 1985 por M. Gorbáchov? ¿Quiénes son los aliados y quienes los adversarios de la política de renovación? ¿Cuáles son, mirando hacia el futuro y más allá de la URSS, las implicaciones de esta experiencia histórica sobre las nociones mismas del socialismo y de los modos de la construcción socialista?

Aun para quien sigue con atención los sucesos soviéticos es difícil formarse una opinión clara. La información es casi siempre de segunda mano y las interpretaciones suelen colocarse en los polos de la simplificación: o se trata de una reforma de maquillaje, basada en la manipulación pragmática, o de una recuperación casi mágica del espíritu socialista, impulsada por un hombre providencial. Evidentemente, así se deja de lado el enraizamiento de la política actual en la historia soviética de los treinta años del postestalinismo y se pierde de vista la articulación de la *perestroika* con un tejido social e ideológico mucho más complejo que lo que se considera habitualmente.

Los materiales que presentamos en este número de *Cuadernos Políticos* contribuyen a una reflexión más informada y más sólida sobre la renovación soviética y echan luz sobre la complicada integración del pasado y el presente, la continuidad y la ruptura, lo económico, lo político y lo moral, sobre la cual descansa la política actual.

El primer texto es el informe que presentó M. Gorbáchov al Comité Central del PCUS a fines de junio de 1987. Aunque el informe se refiere a las cuestiones de la reforma económica, no es en sentido alguno un tratamiento técnico y organizativo de los problemas del crecimiento y la productividad. Queda claro que, en la visión de los dirigentes soviéticos, el estancamiento de la economía expresa no solo las distorsiones y la incompetencia del aparato burocrático, sino la inviabilidad de una dirección centralizadora que aspire a regular todas las conductas, en todos los rincones de la vida productiva. En esta visión, la burocratización no es un problema de deficiencia que debe ser corregido, sino un problema de esencia de la sociedad soviética, cuyas consecuencias han erosionado la ética del trabajo, al paso que disminuyen las posibilidades y los estímulos para la iniciativa individual y que diluyen la responsabilidad personal en todos los niveles de la economía socialista.

La propuesta central, de la reforma es reforzar la función estratégica de la planificación central, al mismo tiempo que se establece un margen amplio de autonomía para la empresa pública y colectiva, mayor flexibilidad para la complementación de grupos de empresas, responsabilidad de los productores ante los consumidores y usuarios, y participación efectiva de los trabajadores en la organización de la producción.

Una reforma de esta naturaleza tiene que integrarse con un cambio más profundo en las relaciones sociales y políticas. En primer lugar, la democracia. Más democracia es más socialismo, para usar los términos de Gorbáchov. Ello implica transparencia en la información, libertad en la crítica, dinamización de los medios de opinión, revitalización de los organismos sociales. En segundo lugar, una reconceptualización de la igualdad. "Parece estar claro —señala el informe— que la igualdad no significa igualitarismo. Pero, en la práctica, la situación a menudo era distinta. La tendencia al igualitarismo se abrió paso firmemente, generando ánimos parasitarios, ejerciendo un efecto negativo en la cantidad y la calidad del trabajo y anulando los estímulos para elevar su productividad."

Lo que hace del informe de Gorbáchov un documento excepcional no son solamente su diagnóstico y sus propuestas, sino también su tono y su estilo. Hay un sentido de urgencia —"ya perdimos años y decenios"—, un lenguaje singularmente directo y una forma descarnada de señalar problemas, fracasos y responsabilidades no cumplidas, todo lo cual indica tanto la voluntad que alienta a la nueva política como la magnitud de los obstáculos que se le oponen.

Nuestro segundo texto es una entrevista realizada por la revista japonesa *Economía Mundial y Relaciones Internacionales* con el economista L. Abalkin, de la Academia de Ciencias de la URSS. Aquí se revisan con precisión los problemas de la transformación de las formas de organización y de gestión en la producción y la distribución de la economía socialista. La argumentación de Abalkin permite apreciar la lógica de conjunto que da congruencia a la propuesta renovadora y que nada tiene que ver con la extendida afirmación de que, irremediablemente trabados sus mecanismos de desarrollo, la economía soviética requeriría de la dinamización de elementos capitalistas.

El problema central es, señala Abalkin, el de la planificación. Aquí se trata de modificar un esquema que decide centralmente el volumen, y el tipo de productos en todas las áreas de la economía, para arribar a un sistema complejo que programa lo estratégico y que es capaz de concentrar grandes recursos en campos vitales, pero en el cual el perfil de producción es conformado por las relaciones horizontales entre las unidades productivas y los centros de distribución, cuyo referente último son las necesidades del consumo social.

Tal esquema supone una enorme flexibilidad, así como la supresión de las soluciones universales y uniformadoras que han caracterizado a la tradición de la planificación central. Al contrario, se necesita idear un sistema que responda a la naturaleza de un aparato productivo enormemente diferenciado en tamaño, complejidad y nivel técnico-científico, y de un país multinacional, heterogéneo en recursos, en cultura y en necesidades.

Este esfuerzo transformador de largo plazo encontrará obstáculos en la estructura existente y puede generar deformaciones futuras, como lo indica Abalkin. ¿Cómo evitar que el estímulo a la productividad y la asincronía de las transformaciones sectoriales dé origen a desniveles inaceptables entre las empresas y entre los ingresos de los trabajadores? ¿Cómo abordar los problemas del abasto, generados por el desequilibrio entre una demanda cuyos niveles salariales

han crecido y una oferta relativamente estancada en volumen, diversidad y calidad de los productos? ¿Cómo manejar los subsidios al consumo? ¿Cómo aprovechar, sin generar desigualdades sociales, las posibilidades del trabajo individual por cuenta propia?

Nuestro tercer texto se refiere al campo de la cultura. El ensayo de Boris Kagarlitsky analiza las respuestas de la intelectualidad soviética a la política de apertura iniciada en la creación artística, la investigación histórica y los medios de difusión desde 1985. La *glasnost'*, sugiere el autor, encontró a los medios intelectuales en un estado generalizado de apatía y pesimismo y es sólo recientemente que puede advertirse un movimiento genuino de renovación cultural, más allá de las respuestas adaptativas a la iniciativa estatal.

Kagarlitsky revisa con detalle el desenvolvimiento reciente del cine, el teatro y la novela, los medios masivos de difusión y las uniones de intelectuales y artistas que actúan en esos campos. Su reflexión muestra elocuentemente la diversidad de las reacciones y las motivaciones de los sectores culturales, ante la nueva situación. Márgenes de libertad y autonomía más amplios, la aparición de obras largamente congeladas, una inesperada apertura crítica en los medios, son el marco de respuestas que van de una auténtica adhesión a la renovación, a la desconfianza, al aplauso pasivo y a la sospechosa incorporación de quienes prosperaron bajo el régimen de censura.

En la transición de los grupos culturales hacia la renovación, Kagarlitsky identifica dos grandes insuficiencias. Primero, la inadecuación a las condiciones actuales de la vieja generación progresista, los "hijos del XX Congreso" que vivieron la frustrada apertura de los años de Jruschov. Esta generación ha concentrado su obra intelectual en la denuncia del stalinismo sin advertir —sostiene el autor— que lo que la renovación reclama no es tanto la crítica del pasado, cuanto la del presente. En segundo lugar, es visible una separación entre los cambios que se producen en la "alta cultura" institucionalizada y las manifestaciones de cultura popular en las jóvenes generaciones, con aspiraciones mucho más radicales. Sin embargo, la recuperación de energías en la creación cultural justifica la confianza en el cambio. Concluye Kagarlitsky: "La situación presente no es tan maravillosa como lo hubiéramos deseado, y los acontecimientos suceden menos halagüeñamente de lo que pretenden algunos periodistas. Pero no hay razones para el pesimismo. Esperamos lo mejor".

Finalmente, y para establecer un contrapunto con la situación actual, publicamos un ensayo de Max Hayward, preparado como introducción a *Encuentros con Pasternak*, que Alexander Gladkov editó en 1977. Gladkov estuvo en contacto con Pasternak de 1936 hasta la muerte del autor de *El doctor Zhivago* en 1960, y ello da pie a Max Hayward —el traductor de Pasternak y Siniavski y tantos más— para explicar como Boris Pasternak, el más lírico de los poetas, llegó a convertirse en la encarnación de la resistencia a la tiranía de Stalin, y cómo, por ello mismo, Stalin estableció una singular relación con él. Si el artículo de Kagarlitsky explica lo que ha sucedido de 1956 a la fecha en el ambiente cultural soviético, el hermoso y sencillo texto de Max Hayward es un homenaje a los artistas que resistieron al stalinismo, aun si fueron muy pocos los

que, como Pasternak, murieron de muerte natural y consumaron la obra de su vida.

—Olac Fuentes Molinar